

la medida en que no escribió para denunciar, para decir lo que otros no se atrevían sino lo que otros no podían, cosa mucho más complicada de hacer.

“Siempre he sido líder de cualquier reunión donde haya más de dos personas”, dice el autor poco antes del final. Menos mal que no hay reuniones con más de un Álvarez Gardeazábal.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Los estigmas de un pueblo

Las cicatrices de don Antonio

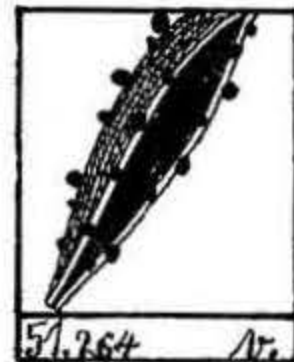
Gustavo Álvarez Gardeazábal

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1997, 101 págs.

Tiene la narrativa posibilidades mucho más amplias que la poesía para referirse a asuntos de naturaleza política, social y económica. Se entiende por eso que sea este género, y especialmente la novela o la misma epopeya, el que tradicionalmente ha cantado los llamados “asuntos de la tribu”, es decir, aquéllos que conciernen a una colectividad de tal modo que rebasan los límites individuales. Podría objetarme el lector que la poesía, asunto del yo, de ritmo íntimo, de soliloquio, sí contiene los elementos que tocan a todo hombre en tanto la sociedad, en última instancia, es una suma de individualidades. Sin embargo, a ese hipotético lector, le contestaría que concibo la poesía como la suma manifestación del desgarramiento, del aullido que todo hombre guarda para su intimidad, cuando, desnudo, sin el ropaje que la comunidad le exige a través de sus distintas instituciones, descubre que es él y sólo él quien sufre, goza, ama y entiende, así mismo, su dolor o su felicidad. Por eso, a pesar de que todo artista es un fingidor, un enmascarado, sólo al poeta, al lírico, debe exigírsele, paradójicamente, la sinceridad, y éste es el límite que dificulta el desdoblamiento de su yo en voces impropias, como son aquellas que requieren en esencia los personajes de una novela.

Todo este preámbulo para aterrizar en *Las cicatrices de don Antonio*, novela publicada recientemente por Gustavo Álvarez Gardeazábal. Porque el asunto tratado en dicha obra es por enésima vez la violencia y el sinsentido de nuestro país, problemática ante la que la poesía, acaso por las razones previamente expuestas, se ha mantenido más bien impasible.

Aunque de todos modos esto no se justifica, pues en la literatura de este siglo hay experiencias como las de Quasimodo, Seferis y Ritzos, que cantaron sin eufemismos, y sin traicionar la naturaleza de la lírica, las angustias de sus patrias. Y es que también llega un punto en que el soliloquio y el ritmo íntimo no puede sobreponerse a las estridencias del exterior.



Pero, debido a la índole del presente escrito, conviene dejar a un lado esta inquietud y aterrizar de nuevo en la obra en cuestión.

En ella, Gardeazábal nos muestra de nuevo el mundo absurdo de la provincia colombiana, no la reseñada y añorada en vallenatos y otros cantos que a estas alturas la mistifican completamente, sino la que nos ha quedado: la mísera y violentamente absurda, adonde descreo que ningún pueblerino quisiera retornar, una vez que traspasa con vida sus límites infernales. Con todo, precisamente, ésta es una de las perplejidades de dicha novela: que termina con el regreso de uno de los protagonistas, Eduardo Taboada, un aragonés castrado mucho tiempo atrás, al escenario de su tragedia: el pueblo de Alcañiz. Y lo peor de todo es que este personaje, de por sí degradado y además corrupto por el negocio del narcotráfico, es quien se constituye en la esperanza del pueblo.

Cuando la televisión, la prensa y la radio nos muestran las torpezas cometidas a diario por colombianos de todo tipo, estos hechos, por conmovedores o absurdos que sean, aparecen deshumanizados, puesto que allí, junto a la masacre o al inaudito ejemplo de la extrema estupidez, aparece también el rostro angelical de la presentadora, la hazaña deportiva de un compatriota o la propaganda que nos lleva de nuevo, a través de la fantasía, al evasivo mundo del mercado. Así, a un pueblo de por sí indolente, como el nuestro, se le niega la poca posibilidad que tiene de reconocer su verdadero y cada vez más feo retrato. Acaso por eso, porque la humanidad siempre ha tendido a ver las cosas desde la perspectiva de su conveniencia, existe el arte, que a través de la ficción puede construir una totalidad, un mundo cerrado en el que todas las cosas aparecen coherentemente atadas.

Ese feo retrato de Colombia lo ha captado Gardeazábal en el bandido legendario cuyas cicatrices, como los estigmas del retrato de Dorian Gray, develan, en este caso, no sólo los crímenes del gamonal sino de todo un pueblo que se lo permite con su impasibilidad:

Pero don Antonio tiene más cicatrices, tantas que cuando haya que reconocerlo, sólo habrá que pasar el dedo por cada una de ellas para revivir la historia de este pueblo.
[pág. 76]

Como reflejo que son de nuestra realidad, los personajes de Gardeazábal se mueven entre la crueldad y la impasibilidad. De los primeros, tanto don Antonio como el policía Becerra, su amante y Calígula Restrepo son en sí mismos la continuación hiperbólica de la violencia fundada con la castración de Taboada y que, a su vez, permitiría el engrandecimiento del nuevo machucante de la dueña de Alcañiz: don Antonio. De los segundos son ejemplos el pueblo atemorizado, el cobarde boticario Tobías Elizondo, el maricón Polibio y un extraño personaje, reflejo acaso del intelectual colombiano, que se encierra en su consultorio a dormir la siesta mientras el asesino actúa. Gardeazábal no deja de formular así una hipótesis

mítica acerca de la violencia: la del cornudo, que en este caso no mata a los causantes de su deshonra, sino que castra al que hace a su mujer lo que él no puede. Y esa castración se constituye a su vez en la castración del pueblo, que ya no tendrá los cojones necesarios para afrontar al bandido.

Mirando otros aspectos, la obra de Gardeazábal devela a un autor que conoce de sobra los problemas de la escritura contemporánea, y que como tal no plantea ninguna moraleja e incluso, por la forma como presenta los personajes, pareciera haber publicado el mero argumento, el croquis de una novela. Además, al escoger un estilo que imita en ciertos pasajes el lenguaje directo del periodismo, el narrador nos muestra la tragedia de Alcañiz en forma aparentemente deshumanizada: con crueldad impasible y objetiva.



Por último, cabe señalar que aparte del final abrupto y, a mi juicio, inadecuado de la novela, pues parece reducir el problema de Alcañiz al reconocimiento de Taboada como padre del narrador-personaje, *Las cicatrices de don Antonio*, como la mayoría de las obras que constituyen la narrativa colombiana contemporánea, no puede pasar por encima de ciertos elementos que a fuerza de repetirse tanto ya no se sabe si son intrínsecos a ella, o la explotación de algunos recursos garciamarquianos: la importancia de la mujer en la fundación mítica de un pueblo indolente, y la presencia de don Hernando Vicente, un personaje intocable y legendario que se halla por encima de la vida y de la muerte, y quien en un momento dado lanza una terrible predicción, si tenemos en cuenta que el bandido de Alcañiz constituye un espejo de la realidad colombiana:

No pierdan el tiempo, a don Antonio le faltan todavía muchas cicatrices para que podamos reconocer su cadáver flotando en el río...
[pág. 43]

ANTONIO SILVERA ARENAS

“Los verdaderos caballeros jamás trabajan”, decía Alberto Ángel Montoya

...Y se hizo la noche sobre ti
Enrique Dávila Martínez
Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 305 págs.

De la lectura de tres recientes novelas colombianas que —como en los chistes— tienen como protagonistas del lado de la pluma a un bogotano, Luis Aguilera, a un costeño, Enrique Dávila Martínez, y a un antioqueño, Darío Jaramillo Agudelo, sólo puedo llegar a una de dos conclusiones: o bien que mi receptividad ha sufrido la consabida metamorfosis de la edad proveceta y me ha ido convirtiendo insensiblemente en un *viejo verde* de la literatura al que todo gusta, o que, por el contrario, estamos asistiendo a una inesperada apoteosis del género novelístico en Colombia. Como otras lecturas recientes de presuntas joyas del vergel patrio me han dejado del todo indiferente —“basta recordar lo que los editores publican, para sentir vértigo ante lo que rechazan”, reza un esolío de Colacho Gómez—, creo tener algunas razones para afirmar que lo que ocurre es lo segundo.

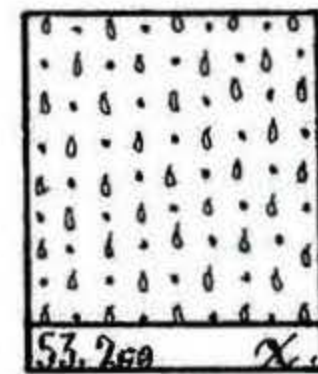
Espléndidas novelas las tres, aunque cada una en su estilo, en su idiosincrasia propias, pero, por Dios, qué diferencia con lo que estamos acostumbrados a leer. Pareciera que épocas de confusión y desconcierto, de decadencia espiritual, económica, moral, sacaran a flote las individualidades valiosas. Basta seguir el simple espectro del diccionario

que, sin llegar al barroquismo, emplean estos escritores, así como la esplendor cultural de sus referencias, para advertir el enriquecimiento que ha adquirido nuestra narrativa.

Curiosa antinomia. Hoy por hoy, y en este país, publicar un libro parecería ser la forma de suicidio más limpia que haya. Más curiosamente aún, se trata de tres novelas que en alguna medida responden al molde del realismo o del naturalismo francés de fines del siglo XIX, pero, como dice en alguna parte Germán Arciniegas, ésta es la verdad más tremenda de las novelas: que de ser tan ciertas, nos parecen fantasía.

Una buena parte de ese pequeño *boom*, por lo demás, hasta ahora inadvertido entre nuestra crítica, obedece —si hemos de ser tan críticos como Ángel Rama— a un hecho muy simple. El novelista colombiano está saliendo de la ignorancia supina. Así como suena. Hay trabajo, hay estilo, hay universidad. En todo caso, se trata de una narrativa culta —ya un mérito entre nuestro analfabetismo, pues no hay peor “analfabetismo” que el que se viste de letra de imprenta.

Todos estos escritores provienen de una clase ya letrada, ya leída, ya estudiada. Hay que decirlo, aunque avergüence, que buena parte de los *grandes escritores* que ha dado Colombia en la segunda mitad del siglo XX tienen nociones apenas elementales de gramática, conocen escasamente algunas reglas de redacción, desconocen por completo las normas de ortografía, en fin, son teguas de la literatura que se disfrazan de escritores.



Para mí esta triple experiencia ha sido el retorno, tantas veces frustrado, del placer de leer buenas novelas. Dos de estos autores son viejos luchadores